

Coordinación de  
Investigación

**DOCUMENTOS DE TRABAJO N° 8**

**EN MEDIO DE LA GUERRA**  
**APUNTES PARA INTENTAR**  
**LA COMPRENSIÓN DE LA**  
**INDEPENDENCIA EN VENEZUELA**  
**1812 - 1814**

Lionel Muñoz Paz



CARACAS, 2014



Directora de la Colección  
Alba Carosio

Corrección  
Belén Zapata

Diagramación  
Equipo de comunicaciones del Celarg

**En medio de la guerra. Apuntes para intentar la comprensión de la independencia en Venezuela 1812 – 1814**

© Lionel Muñoz Paz, 2014

**DOCUMENTOS DE TRABAJO**

Nº 8. Edición digital PDF

Depósito legal: lfi16320143002925

ISSN 2344-6492

© Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2014

Gobierno Bolivariano de Venezuela  
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Imagen de portada:

Feliciano Carvallo (Venezuela)

**Sin título**, sin fecha

Serigrafía sobre tela (10/40)

Colección Celarg

**Este trabajo es un avance de investigación que los autores realizan con apoyo del Celarg, ha sido arbitrado por el procedimiento doble ciego.**

Ríos de tinta se han vertido sobre el tema de la independencia, y aún es mucha la que tiene que correr... Sobre el periodo y sus personajes estelares, sobre la sociedad que le sirvió de teatro y sobre el resultado final del proceso, es mucho lo que se ha narrado y conjeturado, mucho lo que se ha abalanzado sobre el terreno de la crítica. A lo interno, las más de las veces, nos hemos limitado, a seguir corrientes fabricadas allende nuestras fronteras, a asomarnos a tientas a interpretaciones y polémicas fraguadas conforme a miras ajustadas en otras latitudes. Las fuentes de las interpretaciones sobre los tenses que animaron los eventos y su desenlace, provienen fundamentalmente de la historiografía elaborada bajo el amparo de la institucionalización de los estudios históricos en Venezuela en nuestras universidades. Esas aproximaciones han derivado en investigaciones sobre el tema de la soberanía, la legitimidad del poder emergente una vez desmandada la crisis del régimen antiguo.<sup>1</sup> Notoria ha sido la influencia que ha tenido entre nosotros, como en toda la historiografía hispanoamericana de la independencia, las innegables contribuciones hechas en su momento por Francois Xavier Guerra y Jaime Rodríguez.<sup>2</sup> También hemos visto, que no necesariamente incorporados a la elaboración de nuevo conocimiento histórico sobre el proceso, los intentos de distancia en relación con estas contribuciones como las elaboradas, por ejemplo, por Medófilo Medina y Roberto Breña, colombiano y mexicano respectivamente.<sup>3</sup> Pareciera

---

<sup>1</sup> Hasta la fecha, en Venezuela, han despuntado los trabajos de Inés Quintero. Conviene destacar de ellos el artículo «Fidelidad o Independencia: La Conjura de los Mantuanos. Caracas, 1808» en *Ensayos Históricos*, Anuario del Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Caracas, 2da etapa, Nro. 15, 2003, p. 175. En esta línea también se inscribe nuestro libro *Monárquicos o Soberanos*, Caracas, Fundarte, 2013, 111 pp.

<sup>2</sup> Francois Xavier Guerra, *Modernidad e independencias (Ensayo sobre las revoluciones hispánicas)*. Madrid, Editorial Mapfre, Fondo de Cultura Económica, Tercera edición, 2000; Jaime Rodríguez, *La independencia de la América española*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1996.

<sup>3</sup> «En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las “revoluciones hispánicas”», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, vol.37, n° 1, 2010, pp. 149-188; «Alcances y límites del paradigma de las “revoluciones hispánicas”», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá, Vol. 38, n°1. 2011, pp. 301-324.

que la coyuntura bicentenaria la enfrentamos prevalidos de la interpretación de las revoluciones hispánicas, trajinada por Guerra y Rodríguez, y, en la medida que se aproxima en el calendario los dos centenios del inicio de la guerra propiamente dicha, de las reconstrucciones aportadas por la historiografía decimonónica, llamadas historiografías patria y nacional por Germán Carrera Damas, además de las vetas de interpretación y reflexión crítica confeccionadas durante la consolidación de la institucionalización de los estudios históricos en Venezuela bajo el amparo de las universidades nacionales. De estas afluentes se compone la tinta que se ha vertido sobre el tiempo de la ruptura con España, en Venezuela. En las líneas que restan, trataremos de acercarnos a las perspectivas generales de interpretación de ese tiempo, elaboradas desde afuera y desde adentro, para repasar, una vez más, algunas de las reconstrucciones más traficadas sobre los dos años que aludimos en el título de este ensayo, y así tener una visión general, un estado del arte, que nos permita acercarnos a la elaboración de conjeturas que permitan caracterizar lo sucedido entre nosotros en el lapso referido, aún a riesgo de descubrir nuestra propia agua tibia y sin escurrir la deuda que al atrevernos a tal intento no dejamos de tener con varias de esas interpretaciones.

De notoria influencia entre nosotros, sobre todo en el nivel de los textos escolares, fue la tesis de las revoluciones atlánticas, según la cual las independencias hispanoamericanas fueron obra directa de la incidencia de la independencia de los Estados Unidos y de la revolución francesa<sup>4</sup>. Según este parecer, poco o nada de lo vivido durante las tres primeras décadas del siglo XIX hispanoamericano tuvo que ver con las condiciones incubadas durante el tiempo colonial. Más bien, las independencias figuran en un escenario en que serían hijas directas, inevitables, de los dos procesos aludidos. Gracias a la temprana propagación de las ideas de la ilustración se verificó una revolución política que surcó las aguas del atlántico para provocar la eclosión emancipadora de las colonias antes españolas. Así, estas deben su independencia a las ideas

---

<sup>4</sup> Michel Vovelle, Manuel Chust y José A. Serrano, *Escarapelas y coronas. Las revoluciones continentales en América y Europa, 1776-1835*, Caracas, Editorial ALFA, 2012, 294 pp.

ilustradas, liberales y democráticas que se propalaron gracias a estos dos procesos. Esta perspectiva sobre el origen de las independencias, vendría a encontrar correlato con los viejos presupuestos de la leyenda negra, que poco abonaban a la cuenta de España nuestro fraguado como sociedad y con algunas de las características presentes en nuestra independencia.<sup>5</sup> Esta tesis, elaborada esencialmente por Robert Palmer y Jacques Godechot fue elaborada durante los años cincuenta del siglo pasado, en pleno inicio de la guerra fría, tal vez como traducción, en el seno de la historiografía, del objetivo político de colocar nuestras sociedades en un teatro que las hacía ver, primordialmente, como subsidiarias de los insumos derivados de la independencia norteamericana y de la revolución francesa. Si alcanzamos la independencia, fue porque calcamos el modelo norteamericano. Esa interpretación se elaboró y propaló al promediar el siglo XX, y de ella se derivaron varias de las reconstrucciones del proceso independentista, en las que se puso de bulto la incidencia gala y estadounidense sobre Hispanoamérica.

Más luego aparecerían otras perspectivas sobre las razones que originaron nuestra ruptura con España, como la desarrollada por el historiador inglés John Lynch en su ya clásica obra *Las revoluciones hispanoamericanas*. A las transformaciones políticas, Lynch agregó un pormenorizado estudio sobre la economía y la sociedad hispanoamericana antes de la ruptura con España, para encontrar las causas de la independencia en las repercusiones de las llamadas reformas borbónicas en América. Novedad innegable de su perspectiva, fue la de señalar que, antes que se produjera la independencia política, había, *de facto*, una independencia económica contra la que reaccionó tardíamente el imperio español intentando atenazar el dominio colonial mediante una serie de medidas que darían forma a lo que el propio autor denomina la “segunda conquista”. Su perspectiva, obligó a voltear la mirada sobre España y a relacionar los sucesos de la península

---

<sup>5</sup> Manuel Chust, “Comprender las independencias (revoluciones) hispanoamericanas” en Michel Vovelle, Manuel Chust y José A. Serrano, *Escarapelas y coronas. Las revoluciones continentales en América y Europa, 1776-1835*, p. 82 – 85. En adelante, glosamos parte del esfuerzo de Chust, suficientemente completo y sintético como para servir de pórtico a nuestra entrega.



con los eventos americanos de la víspera. Además, su contribución entroncó con los desarrollos de la historia económica y social tan en boga durante los años sesenta y setenta producto de la marcada influencia de la Escuela de los Annales. A esta tesis se le aunó, en breve, la esbozada por Tulio Halperin Dongui, quien, mirando también lo verificado en España para explicarse lo sucedido en América, situó la causa de la independencia en la disolución de los imperios iberoamericanos, esto es, a las grietas provocadas por las reformas borbónicas, agregó como causa de la independencia el propio derrumbe de las estructuras coloniales. Es decir, el imperio español se disolvió, y América no le quedó de otra que lanzarse a la aventura independentista.

Asociada también a la idea del derrumbe del imperio, pero ubicando tal desmoronamiento a los dos lados del océano y de manera casi simultánea, es que surge la llamada teoría de las revoluciones hispánicas, enarbolada por Guerra y Rodríguez, de honda incidencia en la historiografía hispanoamericana como ya dijimos. La novedad, de este enfoque consistió en matizar la inevitabilidad de las independencias y colocarlas en un contexto en el que las aspiraciones autonomistas juegan un papel medular. Así, la independencia figura como resultado de la evolución de los eventos que se desmandaron luego de 1808, pero no como su consecuencia inevitable y directa, sino como uno de los caminos de todos los que se abrieron con motivo de la crisis política del mundo hispano. Aquí juega papel de importancia contextualizar las independencias en el marco de la realidad histórica española. Por ello los paralelismos entre el juntismo en la península, y el juntismo americano.

A la par, como es sabido, Guerra introdujo el concepto de revoluciones hispánicas, revoluciones que según su perspectiva dieron por resultado el surgimiento de las naciones hispanoamericanas a ambos lados del océano. De modo que estaríamos hablando de un proceso único, cuyo vértice reposa en la irrupción de la modernidad, que terminaría por arrasar con el régimen antiguo y traería consigo la fractura de la España imperial en múltiples estados soberanos incluyendo el estado español. Más recientemente,

aunque sin alejarse demasiado de las tesis de Rodríguez y Guerra, Manuel Chust se ha lanzado al ruedo de la formulación de teorías en torno a la independencia, calificándolas como un proceso revolucionario liberal – burgués, caracterizado por un cambio en las estructuras coloniales americanas que, habiendo partido de la propia España, terminará por germinar en América y por impactar definitivamente a la metrópoli. Su perspectiva, además, introduce elementos de considerar, como el peso que da a los matices presentes en cada una de las independencias. En tal sentido, pone acento en las condiciones previas a 1808, pero apunta que “la dinámica de la guerra...generó otras causas que no estaban en el catálogo anterior a 1808. Es decir, el propio proceso generó endógenamente causas que nacieron en el seno de la guerra y, por lo tanto, nuevas”.<sup>6</sup> Este aserto de Chust nos interesa, sobre todo porque, en el caso venezolano, el desarrollo de la guerra irá dando tonalidades particulares cuya comprensión hace marcar ciertas distancias en relación con los esquemas de periodización al uso para estudiar las independencias de otras porciones del continente. Tal vez sea preciso dar con esas “nuevas” causas, desnudando el entramado de contradicciones, marchas y contramarchas que se fraguan al calor del proceso. Tal vez y este tiempo se caracterice primordialmente por ello, sin que tal perspectiva deba abandonarse a la hora de ponderar críticamente los otros años de la guerra.

Por ello, es que nos atrevemos a decir que la guerra, en sí misma, generó un conjunto de variables que le dieron tintura propia a lo verificado en aquella Venezuela de la independencia. Aunque es mucho lo que queda por incluir para alcanzar una mirada pormenorizada de las propuestas de interpretación de los procesos aludidos, estas son, de modo grueso, las vertientes más influyentes en las que ha discurrido el tema de las independencias. Todas ellas han puesto acento en aspectos diversos que, en el fondo, no son necesariamente excluyentes, sino que fundamentan sus matices en que ponen acento en lapsos variados del difícil, abigarrado, complejo y

---

<sup>6</sup> Ídem.

contradictorio proceso de las independencias. Así, visto el proceso desde una perspectiva inclusiva, si bien es cierto no puede soslayarse la incidencia en la independencia de los Estados Unidos y la repercusión de la revolución francesa, esos procesos son de influencia en una fase genésica o primaria de la independencia, vinculada, temporalmente, al ocaso del siglo XVIII y los primeros años del decimonono, sobre todo en el Caribe gracias a la honda repercusión de proceso haitiano.<sup>7</sup> Ello no excluye la posibilidad de comprender como las reformas borbónicas fueron capaces de introducir cambios en la administración colonial, cambios que catalizaron la emergencia y agudizaron las contradicciones largamente incubadas entre diversos factores internos en las colonias españolas, factores que se desnudarían abiertamente ya entrada del siglo XIX, y nos lleva a la conclusión, difícilmente controvertible, de que para poder acercarnos a las independencias es menester seguir de cerca la evolución de los acontecimientos en la península. Por ello el estrecho paralelismo entre los acontecimientos de la primera hora tanto en España como en América. Por ello la importancia de estudiar la eclosión de las juntas en América, como respuesta a una crisis política inédita, con el objeto de dar cuenta de las formas que se abrieron para solventar el espinoso tema de la soberanía, dejada de su suerte en las abdicaciones de Bayona, y la incidencia que la solución de ese asunto tuvo en Venezuela.

Pero todas estas rutas de interpretación se reconfiguran en la medida que el reloj de aquella historia comienza a dar la hora de la guerra. En la medida que las aspiraciones independentistas pasaron de los pergaminos de las proclamas a la pólvora de las bayonetas se desmanda un escenario que requiere, a la luz de lo hasta ahora repasado sumariamente, un reexamen desde el punto de vista de las teorías e interpretaciones hasta ahora trajinadas, así como de las

---

<sup>7</sup> Sobre este punto sugerimos revisar la contribución de Catalina Banko en su obra, *Las luchas federalistas en Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1996, 226 pp. Banko es suficientemente abundante en argumentos documentados sobre la incidencia de la independencia norteamericana en la independencia venezolana, sobre todo a la luz del contenido de nuestra Constitución de 1811.



fuentes que han servido de soporte a las reconstrucciones ofrecidas por la historiografía venezolana en su conjunto. Si el común puede decir que nuestra historia es, básicamente, la de la independencia, la imagen que albergamos sobre ese tiempo es la de los campos de batalla. De ellos advinimos como nación, y de ellos nacieron los personajes y los episodios que con más insistencia se repasan a la hora de recordar aquel tiempo.

Así como el lapso previo al estallido de la guerra ha sido objeto de revisiones de cuño reciente, en la que se han ponderado factores antes relegados como el de la soberanía o el de la ciudadanía política, también el estallido y desarrollo de la guerra requiere una revisión general, que pondere críticamente el correlato entre su desarrollo y el del tiempo precedente, que desande el camino de las fuentes consultadas por la historiografía y la literatura decimonónicas para tejer la narrativa que aún predomina entre nosotros sobre aquellos días...un reexamen crítico que nos permita, superadas las urgencias de las construcciones nacionales y habiendo salvado a la historiografía de las añejas pulsiones nacionalistas que inspiraron la lírica de las llamadas historiografías patria y nacional, comprender desde nuestro presente histórico el real significado de eso que llamamos la guerra de independencia.

En Venezuela, la llamada primera república, sucumbió en 1812 ante los episodios inaugurales de un estallido en el que por igual se hicieron presentes condicionantes foráneos así como diversos conflictos internos de una sociedad que acusaba severos síntomas de agotamiento desde finales de la centuria anterior.

Hasta el presente, el tratamiento del período y sus protagonistas, ha sido hilo de una madeja en la que se trenzan por igual la historiografía y la literatura, la reláfrica en torno a personajes y episodios de la violencia que azoló parte del territorio de Venezuela y los preconceptos derivados del culto al héroe, sin que hasta ahora medie una reconstrucción que parta de ponderar, por ejemplo, la incidencia posterior del experimento republicano que naufragó en 1812, o los tenses que alentaron la participación de actores a la postre satanizados por la historia escrita de amplia divulgación, o un

examen detenido del debate que se dio en medio de la guerra en torno al futuro institucional de la abortada república, o las diversas interpretaciones sobre la naturaleza de aquellos eventos.

Suficientemente consultada y reverenciada ha sido la obra de José Gil Fortoul. Su apego a las fuentes, sus miras afiladas hacia actores y procesos examinados hasta su momento desde otras perspectivas y el modo en que atenazó las voces de los documentos de las épocas que refiere, convierte a su *Historia Constitucional de Venezuela* en uno de los pilares esenciales de la historiografía venezolana. Imposible es hablar del tema de la independencia, sin detener la mirada en las páginas de los tres tomos que la componen. Elaborador de una de las historias generales de Venezuela más socorridas, Gil Fortoul es, al mismo tiempo, el más claro exponente de la posición según la cual la guerra de independencia fue una guerra internacional. Examinemos, con sus palabras, lo que dice respecto de ella: “La guerra era ya internacional desde el 5 de julio de 1811 entre la República de Venezuela y la Monarquía Española, sin que nada signifique, como no sea interés personal o ignorancia o ideal diferente, que en las tropas de la una figuren españoles nacidos en la península y en las tropas de la otra se cuenten al principio indios y mestizos...”<sup>8</sup> Su última aclaratoria sobre el origen de los combatientes inscritos en las filas de los bando en pugna, era una clara respuesta a la tesis esbozada por Vallenilla Lanz, al calificar nuestra guerra de independencia como una guerra civil. Sobre este punto, Gil Fortoul abunda en detalles más adelante cuando afirma: “Los ejércitos que combatieron en seguida no se compusieron de españoles solos en el campo realista ni de solo americanos en el campo patriota. Los más de los soldados de Monteverde, Cajigal, Boves y Morales eran tan venezolanos como los de Bolívar, Mariño, Ribas y Urdaneta. La caballería de Boves que llegó a contar 10000 jinetes, la formaron casi en su totalidad los llaneros que después debían seguir a Páez...”<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> José Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*, Tomo I, p, 305.

<sup>9</sup> *Ibídem*, p. 329.

Si la guerra supuso todo el largo y sangriento proceso que se vivió en Venezuela, fue porque España siempre pudo rehacer sus tropas reclutando combatientes en el seno de la sociedad venezolana, especialmente los pardos, mayoritariamente desconfiados de la causa republicana en virtud del rol medular que en ella jugó el mantuanaje. Pese a volcar su mirada sobre el carácter internacional que le da a la guerra de independencia, no se descarta, según esta mirada, la incidencia de otras razones y la presencia en el teatro venezolano de un libreto basado en la incidencia de lo sucedido fuera de Venezuela, más allá del enfrentamiento con la Metrópoli. Ello se aprecia con detalle en fragmentos como el que copio de seguido: “Repitamos que las catástrofes de 1812 y 1814 ponen de relieve uno de los aspectos característicos de la revolución venezolana. La idea de Independencia no tuvo, durante sus primeros períodos, raíces profundas en las clases populares: no fue, por tanto, una reacción espontánea de toda la colonia contra el despótico gobierno de la monarquía, mucho menos la sublevación del pueblo colonizado contra el pueblo colonizador. Realmente, en el 19 de abril y el 5 de julio no se ve, a pesar de lo que dijieran entonces los patriotas, el despertar de un pueblo ‘cansado de la esclavitud’, antes bien, la obra de un grupo de hombres instruidos y audaces que formaban parte de la clase social privilegiada, y que contaminados de las ideas revolucionarias de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, quisieron difundirla de golpe en la masa oscura y pasiva, sobre la cual pesó por tres siglos la dominación de los conquistadores, el anticuado sistema de los en su mayoría atrabiliarios o estultos o pusilánimes Capitanes Generales.”<sup>10</sup>

Es decir, pese a ser la de independencia una guerra internacional desde sus primeros capítulos, no fue una causa que animara la inscripción en sus filas de los sectores ubicados en los peldaños inferiores de los varios escalafones que componían la sociedad venezolana. Por esa razón no se trató de una airada reacción de los oprimidos y colonizados, contra sus opresores colonizadores, ni podían los sectores populares

---

<sup>10</sup> *Ibíd*em, p. 329.

asumir como suya una procura sostenida por quienes en tiempos de la colonia hegemonizaban los lugares estelares de aquella sociedad y menos, si pretendían seguir ocupando los mismos lugares en la propuesta política que formularon a Venezuela después del colapso del régimen antiguo en la Metrópoli. Así, los actores del teatro independentista quedan divididos en dos grupos: uno, constituido por hombres instruidos que, prevalidos de un arsenal ideológico acunado en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos señalaron el camino independentista y republicano, y la masa oscura y pasiva, sobre cuyos hombros reposaba el pesado fardo de siglos de dominio colonial, fardo que nublaba su entendimiento y que de por sí les hacía incapaces de asimilar los portentos de la ilustración.

Luego, el desenlace final de la trama, se debe, según Gil Fortoul, a la pericia demostrada por Bolívar y su generación, quienes con el correr de los eventos hicieron posible la confluencia de todos los sectores de la sociedad a favor de la independencia y de la República. Poca alusión hace a las incidencias de la expedición al mando de Morillo, a las medidas administrativas y políticas que tomó en tierra firme y su efecto sobre los pardos y mestizos, como causa del viraje en su postura hacia la causa republicana, aunque en su reconstrucción Gil Fortoul no ahorre detalles sobre la significación en términos militares del arribo de las tropas españolas luego de la restauración monárquica de 1814. En suma, los oscuros y pasivos borregos fueron orientados al redil de la libertad y de la independencia por obra de hábiles pastores, instruidos, audaces y miembros de lo más elevado de la pirámide social, con Bolívar a la cabeza.

En este mismo orden, consultada suficientemente y tomada como punto de referencia para interpretar no solo la independencia venezolana sino la de toda Hispanoamérica ha sido la obra de Laureano Vallenilla Lanz. Glosada de sobra por exégetas que acunaron un culto fundado en sus polémicas hipótesis, y visitada por no pocos detractores de su visión de historia venezolana, su perspectiva del pasado venezolano es parada obligatoria a la hora de ajustar cuenta con los asuntos que venimos tratando. Aquí, nos remitiremos a una de sus tesis

centrales, que le dio renombre en el seno de la historiografía venezolana y que viene a cuento a propósito de este ensayo: hablamos de aquella según la cual nuestra guerra de independencia fue una guerra civil. Para haber sido enunciada en 1911, la tesis de que nuestra guerra de independencia fue una guerra civil, lo menos que merece, si somos justos, es calificarle de temeraria. De hecho, la entrada del texto en cuestión se va en toda una justificación de Vallenilla por lanzar al ruedo semejante afirmación. Y su contenido, su mensaje, se refiere esencialmente a lo vivido en el lapso que pretendemos interpretar: si la guerra de independencia fue una guerra civil, lo fue, especialmente, entre 1812 y 1814. Dice Vallenilla: "...En todo ese largo periodo de cruentísima guerra yo no veo otra cosa que una lucha entre hermanos, una guerra intestina, una contienda civil y por más que lo busco no encuentro el carácter internacional que ha querido darle la leyenda." <sup>11</sup>

Más luego, en esta misma conferencia, clásica de nuestra historiografía, afirma que si hubo un tiempo en que nuestra guerra de independencia fue una guerra civil fue justamente durante el lapso de nuestra pesquisa, porque: "Hasta 1815 la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fue realista o goda, es decir, enemiga de los patriotas..."<sup>12</sup> Otra afirmación de Vallenilla, no deja de llamar la atención de este escritor. En ella, sobresalen varios elementos, que convienen a la luz de este análisis. Cito: "...Venezuela ganó en gloria lo que perdió en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progresos moral y materia efectivos. Nosotros dimos a la independencia de América todo lo que tuvimos de grande: la flor de nuestra sociedad sucumbió bajo la cuchilla de la barbarie, y de la clase alta y noble que produjo a Simón Bolívar, no quedaban después de Carabobo sino unos despojos vivientes que vagaban dispersos por las Antillas y otros despojos mortales que cubrían ese largo camino de glorias desde el Ávila hasta el Potosí".<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 20.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p.21.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 23.

Todo lo que tuvimos de grande...golpea la frase...golpea porque según esta perspectiva, todo lo que tuvimos de magnánimo, de ejemplar, digno de ser emulado, reposaba en lo más elevado de aquella sociedad, en los mantuanos. La obra de Vallenilla es prolija en afirmaciones que apuntan en ese sentido. Más luego, en el mismo texto que venimos citando, se viene con este latigazo: "En nuestra guerra de independencia, la faz más trascendental, la más digna de estudio es aquella en que la anarquía de todas las clases sociales dio empuje al movimiento igualitario que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente." <sup>14</sup> Es conocido que la fase a la que se refiere Vallenilla es, fundamentalmente, la que se desmanda luego de 1811 y termina en 1821, pero, de todos esos años los que transcurren entre la caída de la Primera república y la restauración del poder monárquico en tierra firme son esenciales. Todas las interpretaciones sobre la independencia entre nosotros, coinciden en darle a este tiempo un carácter protagónico, si ponderamos la importancia de aquellos eventos a la luz de las características de la sociedad que emerge de la guerra. El trastocamiento de la estructura social, la recomposición interna de los grupos de aquella sociedad y la movilidad social alcanzada será clave para explicar el desenlace de la guerra, para comprender la evolución histórica de la sociedad venezolana a partir de ese momento y, sobre todo, para explicar las características de la Venezuela que ve emerger la República de modo estable luego de 1830. A la par de poner sobre el tapete lo anterior, Vallenilla fustiga abiertamente contra la tesis de guerra internacional, basamento que sirvió para tejer toda una interpretación de la independencia, cuyo exponente más claro fue Gil Fortoul, como vimos cuartillas atrás.

Más luego, casi cien años después, ya en el ocaso del siglo pasado, se sucedieron otras interpretaciones de tono variado en relación con las ya vistas. De notable presencia en la historiografía venezolana elaborada en los claustros universitarios, fue la que provino de Germán Carrera Damas. Alineando el alza y el guion hacia el blanco de las fechas

---

<sup>14</sup> Ídem.



bicentenarias, Carrera, ya en el retiro de la vida académica activa por vía del ejercicio diplomático, percuto el arma de su entendimiento sobre la independencia al promediar la última década del siglo XX. Aunque su reflexión se deriva de otras esbozadas por él mismo en tiempos anteriores, ahora sería más directo, y sin rodeos sale al ruedo del modo que copio de seguido: "...contrariamente a lo afirmado por Laureano Vallenilla Lanz, la guerra de independencia no fue una guerra civil. Tampoco fue, como lo sostuvo José Gil Fortoul, una guerra internacional. El proceso de independencia todo, y por consiguiente la guerra misma fue una compleja disputa y, lo que es más, una cuyo desenvolvimiento se prolongó por casi un siglo y cuya razón de ser primaria no fue propiamente la aspiración de independencia, sino la de proveer la preservación de la estructura de poder interna de la sociedad, formada en el nexo colonial..."<sup>15</sup>

Más allá del impacto que puede tener el hecho de considerar la independencia como una disputa por el sostenimiento de la estructura social fraguada en tiempos del Rey de España en Venezuela, considerar que la independencia como objetivo no fue catapulta "primaria" de quienes hicieron armas para defender la causa republicana, es dar un vuelco de tortilla en relación con todo lo antes dicho sobre el asunto. Es relegar a un segundo orden lo que hasta ese momento ocupaba rol protagónico cuando nos referimos a la independencia. Tal perspectiva ubicó la nuez de la crisis de la independencia en la estructura social de aquella Venezuela, en la relación que sostuvieron los grupos que la componían, con lo que se ofrecen pistas que ubican la raíz del problema no ya en las repercusiones del colapso de la monarquía en España, ni en motivaciones nacidas en procesos ajenos a nuestras fronteras, sino en razones vinculadas con la dinámica de la sociedad colonial venezolana, aunque no se dejen de referir entre sus percutores las repercusiones de la crisis general de la monarquía y la bancarrota del imperio español.<sup>16</sup> Así, más allá del colapso de la monarquía, Carrera destaca la presencia de

---

<sup>15</sup> Germán Carrera Damas, *La disputa de la independencia y otras peripecias del método crítico en historia de ayer y de hoy*, p. 12.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 24.

factores críticos internos, cuyo control comenzó a escapar de las posibilidades de los representantes del poder metropolitano en Venezuela. Según sus miras, no es posible determinar con precisión el instante del inicio de la ruptura política con España, con lo que descarta por ayunas de fundamentación las trajinadas versiones que encuentran antecedentes de la independencia en sucesos, pronunciamientos o revueltas protagonizadas antes del ocaso del siglo XVIII. Es a fines de esa centuria, cuando los sucesos propios de la conspiración de Gual, España y Picornell, aunada a las fracasadas invasiones de Miranda, son susceptibles de figurar como prolegómenos de la independencia, sin olvidar que en todos estos episodios pueden leerse las repercusiones de lo sucedido en las trece colonias o en la Francia revolucionaria. Tampoco echa de un lado que en ninguno de ellos se hace presente el sector de la sociedad que dirige el proceso de la independencia, al menos en la fase que parte del colapso del régimen antiguo en España y el hundimiento del llamado convencionalmente segundo ensayo republicano en 1814.<sup>17</sup>

Será, sin duda, la acción promovida por miembros del cabildo caraqueño el 19 de abril de 1810, el punto de inicio de lo que el autor denomina la “fase” de la independencia, que tuvo como punto cardinal su propia declaración, así como los sucesos que se desmandarían desde la víspera, entre los que destacan, en las primeras de cambio, el reclamo del igual derecho que tenían el resto de los ayuntamientos de decidir si se inclinaban por la lealtad a la corona y a las instituciones vigentes en la España peninsular, encarnadas en el Consejo de Regencia, o si seguían el ejemplo que Caracas dio al conformar una Junta Conservadora de los derechos del Rey, tal y como rezaba una pieza musical compuesta al calor de los acontecimientos. Sería la disputa entre las distintas provincias históricas, las que, según Carrera, le daría el carácter de contienda civil a la guerra de independencia. Muestra de ello lo constituyen los serios asomos de autonomismo de la Provincia de Cumaná, el esguince de la Provincia de Barcelona de esta última, la

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 29.

secesión de Barinas respecto de Caracas, la enconada rivalidad de Coro con Caracas, las abiertas hostilidades entre Mérida y Maracaibo, la potestad de autodeterminación demandada por la Provincia de Guayana, además del marcado localismo de la rebelión de Valencia contra la capital a poco de la declaración de la independencia. En este último caso sería notorio su marcado sesgo social, en virtud que el episodio valenciano desnudó abiertamente las contradicciones entre pardos y blancos, los primeros mayoritariamente favorables a la sujeción colonial, los segundos militantes en grueso número de la causa independentista.

En definitiva, parecemos asistir a un teatro en el que corren en simultáneo varias interpretaciones sobre la naturaleza de la contienda independentista, sin que ninguna necesariamente quiebre los resortes que animan las elucidaciones que pretenden impugnar. En las primeras horas aparece la guerra civil, alimentada por la concurrencia en la conflagración emancipadora de protagonistas gestados por entero en probetas de cuño local. Ellos estuvieron animados, bien por el rol que jugaban en la estructura de aquella sociedad, bien por catapultas identitarias maceradas desde tiempo atrás en cada una de las localidades que formaban aquellas Provincias que componían la Capitanía General de Venezuela, base inequívoca de las regiones históricas que nos compondrían en adelante. Esa realidad histórica no echó por tierra los argumentos esgrimidos en los documentos de la época, heredados luego por la historia escrita, que le daban carácter internacional a la contienda, toda vez que tales argumentos cobrarían especial relevancia en la medida que el poder metropolitano asumió directamente la misión de disciplinar sus colonias, entradas en rebeldía, según la mirada del Rey, por razones vinculadas con la crisis política sufrida luego de 1808 en la península, más que por argumentos de orden interno incubados en las colonias españolas. Más luego, la consumación de la intervención material directa de la metrópoli con el objeto de restaurar su poder, después de 1815, no haría sino solapar los conflictos derivados del carácter social y civil de la contienda. Muchos de esos conflictos, por cierto, no se zanjaron en los campos de batalla

en los que viera la luz nuestra nacionalidad, y nos van a seguir acompañando durante buena parte de nuestra vida republicana.

Por todo lo antes dicho, es menester, para la historiografía venezolana hoy, repasar, revisar y reinterpretar lo sucedido durante los años más cruentos de la guerra nacional de independencia. Este cometido es el que justifica el corte temporal sugerido, que va desde el naufragio de nuestro primer ensayo republicano y el naufragio del segundo, colonizados ambos hundimientos por un breve hiato temporal signado por el trabajoso intento de restauración de la República. Se trata de los años en que comienza la guerra de independencia, aunque, en rigor, conviene mencionar como prolegómenos de la guerra la campaña militar desmandada contra la desacatada Provincia de Coro para con el llamado de la Junta de Caracas, y la feroz campaña militar contra la Valencia realista, a pocos días de haberse declarado la independencia en 1811.<sup>18</sup>

En lo político, el tiempo al que pretendemos acercarnos luce cargado de acontecimientos, complejos y contradictorios. Abordado en sus trazos más gruesos, nuestra historia comienza con el resultado de los intercambios entre Miranda y Monteverde, con el objeto de poner cese a las hostilidades que a la postre darían al traste con nuestro primer ensayo de República aquel 25 de julio de 1812 en San Mateo. Luego de la firma de aquel documento, todo el territorio de Venezuela quedaba en manos de las autoridades españolas. Ello implicaba, en cuanto al Estado, la sujeción de estas comarcas a lo dictado por la Constitución liberal española, llamada de Cádiz, promulgada ese mismo año. En efecto, en agosto de 1812 llegó al Puerto de la Guaira su primer tomo a Tierra Firme, lo que enseguida activó los mecanismos tradicionales de reconocimiento de su acatamiento, según las pautas de la tradición. Ello implicó la jura de lealtad correspondiente, por parte de los cabildos de Maracaibo, Coro, Guayana, Cumaná,

---

<sup>18</sup> Sobre este punto conviene repasar las líneas sugeridas por Germán Carrera Damas en su trabajo “La crisis de la sociedad colonial” en *Anuario*. Caracas, Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, tomos IV, V, VI, Volumen I, 1971, 740 pp.

Puerto Cabello, Valencia y Caracas, que tengamos noticia.<sup>19</sup> Pese a estos actos de sujeción al poder metropolitano, hijos del predominio realista pero amparados en las cláusulas de la capitulación, en Venezuela no rigió, salvo el caso de Maracaibo, la Constitución liberal española. A cambio de ella, Monteverde apeló a la llamada Ley de Conquista, con el propósito de arrancar de raíz al movimiento independentista, con base en la cárcel, la muerte y el destierro. Los excesos de Monteverde, serían denunciados por el cabildo de Caracas, y por parte de diversos voceros, como el Gobernador de Maracaibo, con el que Monteverde sostuvo disputa abierta por el cargo de Gobernador y Capitán General y como el Regente de la audiencia, José Francisco Heredia, entre otras. Todas ellas fueron infructuosas, y Venezuela durante un año vio restaurar las instituciones coloniales en medio de los rigores de la Ley de Conquista, aplicada por Monteverde, finalmente reconocido como Capitán General por las autoridades en la península.

Si en el bando realista las posiciones se debatían entre la aplicación de esa arbitraria ley de conquista y la obediencia a la constitución liberal española promulgada en 1812, para la bandería republicana las cosas no fueron menos sencillas. En agosto de 1813, luego de la llamada “campana admirable” en la que se desmandó la política de “guerra a muerte”, Bolívar echó por tierra el dominio de Monteverde e instauró lo que la historia escrita conoce como segunda república. En simultáneo, una avanzada militar al mando de Santiago Mariño hizo posible la liberación de oriente. Se trataba de dos porciones del territorio hoy venezolano que no se habían encontrado nunca. Los orientales, que en tiempos del dominio colonial dependían, Provincia de la Nueva Andalucía mediante, del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, y los centro occidentales, que en tiempos de la Provincia de Caracas o Venezuela estaban adscritos al Virreinato de la Nueva España por vía de la Real Audiencia de Santo Domingo. Esas distancias incubadas en el seno de la sociedad colonial no fueron triviales. Los orientales, defensores de su

---

<sup>19</sup> Inés Quintero, *Venezuela, crisis imperial e independencia*, p. 65.

autonomismo, eran partidarios de la aplicación de la Constitución de 1811, de naturaleza federal, mientras que en occidente se dejó a un lado la aplicación de ese texto constitucional, amparados en los argumentos esgrimidos por Bolívar en Cartagena el año anterior. En lugar de la Constitución que quedó atascada en la letra de la capitulación de San Mateo, Bolívar, con base en un poder otorgado por el Congreso Neogranadino, optó por el restablecimiento de la República con base en un estatuto provisional de gobierno, cuyo contenido estuvo signado por la presencia de un poder central fuerte, que concentrase las funciones ejecutivas y legislativas, mientras se elegían unos diputados encargados de representar a esa República de Centro Occidente en la Nueva Granada con el objeto de negociar las condiciones de su unificación en una sola República. En suma, la segunda república, en realidad, fueron dos Repúblicas distintas, cada una sujeta a mandos diversos y con visiones encontradas de lo que debía ser la vida que les depararía en adelante. Las fuentes de sus discordias estaban basadas en la disyuntiva existente entre la aplicación de la Constitución de 1811, propuesta y defendida por los orientales, y la puesta en vigencia de un estatuto provisional cuya fuente de legitimidad manaba del mandato dado a Bolívar por el Congreso neogranadino.

Pero, mientras se intentaban zanjar esas diferencias, una poderosa rebelión popular se aprestaba a echar por tierra los planes de los unos y los otros. La irrupción de este factor, puso fin a los días de aquellas repúblicas, derrotadas ambas en los campos de batalla, y abriría un nuevo tiempo, signado por la movilidad social en sentido horizontal, provocando la migración entre el centro occidente y el oriente de aquella Venezuela y por estragos en la composición de las élites, toda vez que, tanto la feroz embestida militar de los canarios, al mando de Monteverde, así como la de los pardos, al mando de Boves, aunadas a las numerosas bajas sufridas en la migración a oriente, darán por resultado la posterior recomposición interna del sector socialmente dominante hasta la fecha, asunto al que poca atención le ha prestado la historia escrita hasta hoy.



En términos sociales, durante este tiempo se ponen de bulto los desencuentros largamente incubados durante la colonia, y que afloraron durante el primer ensayo de República. Así, el predominio de los canarios sobre otros grupos, puesto en práctica por Monteverde y copiosamente reseñada por la historiografía sobre el tema, debía ser ponderado en adelante a la luz de la exploración de nuevas fuentes, como las relativas las causas de infidencia. Fuentes susceptibles de evidenciar que, si bien el grueso de sectores sociales subalternos hizo filas a favor del restablecimiento de la monarquía, gentes provenientes de esos sectores también suscribieron la bandería independentista, lo cual, según el resultado que arroje, podría ser susceptible de sugerir un reajuste historiográfico al respecto. Esa posibilidad no atenta abiertamente contra la sabida posición mayoritaria de los diversos sectores sociales inmersos en este proceso. Pardos y esclavos siguieron sus luchas, contrapuestas por intereses de clase con la de los criollos principales. Ello hizo posible las escenas de la tan temida por los criollos guerra social. No obstante, los anhelos de libertad e igualdad que animaron a pardos y esclavos a adherirse a la bandería realista, también entraron en contradicción con las intenciones de criollos y peninsulares que igual sostuvieron el restablecimiento precario de las instituciones coloniales. Esa contradicción, solapada por el importante rechazo de pardos y esclavos para con el restablecimiento de una república monopolizada por los mantuanos, como bien sabemos, se hará más patente en la medida en que se siga desarrollando el escenario de la guerra.<sup>20</sup>

En suma, el tema de las independencias no está para nada agotado. Pese al pormenorizado tratamiento que han hecho de él historiadores de merecer, aún quedan un conjunto abrumador de betas que explotar. Ojalá y nuestra procura, contribuya con la titánica tarea de escrutar algunas de ellas y robustecer, aún más, la conciencia histórica de la sociedad venezolana.

---

<sup>20</sup> Germán Carrera Damas, "La crisis de la sociedad colonial" en *Anuario*. Caracas, Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, tomos IV, V, VI, Volumen I, 1971, 740 pp.

## FUENTES:

- BANKO Catalina. *Las luchas federalistas en Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1996, 226 pp.
- CARRERA DAMAS Germán. "La crisis de la sociedad colonial" en *Anuario*. Caracas, Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, tomos IV, V, VI, Volumen I, 1971, 740 pp.
- \_\_\_\_\_, *La disputa de la independencia y otras peripecias del método crítico en historia de ayer y de hoy*. Caracas, Ediciones Ge, 1996, 262 pp.
- GIL FORTOUL José. *Historia Constitucional de Venezuela*. Caracas, Editorial Las novedades, tercera edición, tomo I, 711 pp.
- GUERRA Francois Xavier. *Modernidad e independencias* (Ensayo sobre las revoluciones hispánicas). Madrid, Editorial Mapfre, Fondo de Cultura Económica, Tercera edición, 2000, 407 pp.
- MEDINA Medófilo. «En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las "revoluciones hispánicas"», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá, vol.37, n° 1, 2010, pp. 149-188;
- \_\_\_\_\_, «Alcances y límites del paradigma de las "revoluciones hispánicas"», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá, Vol. 38, n°1. 2011, pp. 301-324.
- MUÑOZ PAZ Lionel. *Monárquicos o Soberanos*. Caracas, Fundarte, 2013, 111 pp.
- QUINTERO Inés. *Venezuela. Crisis imperial e independencia*. Lima, Fundación Mapfre, Taurus, Tomo 1 1808/1830, 320 pp.
- \_\_\_\_\_, «Fidelidad o Independencia: La Conjura de los Mantuanos. Caracas, 1808» en *Ensayos Históricos, Anuario del Instituto de Estudios Hispanoamericanos*. Caracas, 2da etapa, Nro. 15, 2003, p. 175.
- RODRIGUEZ Jaime. *La independencia de la América española*. México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1996. 472 pp.
- VALLENILLA LANZ Laureano. *Cesarismo Democrático*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, 383 pp.

VOVELLE Michel, CHUST Manuel y José A. Serrano. *Escarapelas y coronas. Las revoluciones continentales en América y Europa, 1776-1835*. Caracas, Editorial ALFA, 2012, 294 pp. El Perro y la Rana. Caracas. 2011.